

EL FARO DE LOS RECUERDOS

Hace ya mucho tiempo que el faro guarda innumerables recuerdos de aquella tierra finlandesa en la que se encontraba y, a pesar de las duras tormentas y el implacable paso del tiempo, seguía en pie, iluminando la oscuridad y llevando a todos los barcos perdidos a tierra firme. Durante siglos, muchos náufragos aterrizaron en la fría y solitaria isla en la que el faro se situaba, pero, aún con todos esos recuerdos que guardaba entre sus viejas paredes, él tendría siempre guardado un lugar especial para la persona que más le marcó a lo largo de todo ese tiempo.

El faro recordaba perfectamente el día que Ania llegó. Era un día sorprendentemente soleado y entre todo el silencio que acumulaba el mar, apareció aquel barco que para muchos fue un gran suspiro de relevación. Todos los pescadores que desgraciadamente algún día habían llegado allí, corrían y se empujaban para entrar dentro del Aurora, que así se llamaba el barco. Entre todo ese bullicio de gente, salió Ania y su fiel compañero Pongo, felices por haber llegado a tierra firme. Ania era una chica vivaz y soñadora que anhelaba con todas sus fuerzas estudiar y analizar cada pequeño detalle que se escondía en los lugares más profundos de Finlandia, y si llegó a aquellas tierras significaba que lo había conseguido. Pongo era un perro marrón sin raza, con una gran condición atlética y que se moría de ganas por saltar entre aquellas altas hierbas de los prados de la isla.

Lo primero que hizo al llegar fue respirar profundamente aquel aire tan puro y frío mientras se despedía de la única manera que tenía de escapar de aquella isla perdida en medio del mar. Y así fue como Ania pasó a convertirse en una parte más de esa isla tan anónima como misteriosa.

Ania se instaló en una pequeña cabaña que había al lado del faro y que se había ido construyendo a lo largo del tiempo por los pescadores que algún día habitaron esa isla. Ella,

toda emocionada, empezó a desempacar su pequeña maleta con un poco de ropa y un par de objetos personales. En esta, encontró una foto en blanco y negro enmarcada que decidió colocar en la mesita de noche. Los siguientes días los dedicó a conocer la isla que tantas ganas tenía de explorar junto a Pongo.

Al principio Ania no le prestó mucha atención al viejo faro pero poco a poco y por culpa de la soledad que, inevitablemente sintió al poco tiempo de llegar, cada vez pasaba más tiempo sentada al lado del faro. Allí, sentada, sintiendo la fría brisa, anotaba todos sus pensamientos en una pequeña libreta que siempre llevaba junto a ella. Ania estaba acostumbrada a leer todo lo que escribía a Pongo que, aunque se distrajera fácilmente con cualquier mariposa que pasase, era el único ser vivo con el que podía hablar y que, ocasionalmente, contestaba con algún ladrido. Aunque Ania no lo supiera, el faro escuchaba cada una de las palabras que la joven compartía ahí sentada.

Cada vez que algún pescador aterrizaba en la isla, aunque fuera poco frecuente, Ania se ocupaba de atenderle y cubrir todas las necesidades hasta que después de un corto, pero inacabable tiempo marchaban.

Así transcurrieron los días, mientras el faro se preguntaba cómo era posible que una chica tan encantadora como ella fuera capaz de sobrevivir tan aislada del mundo, y todavía le causaba más incertidumbre el porqué se sentía atraída por una isla tan simple y aburrida.

Esta historia le recordó a la de una joven que antiguamente vivía en la isla. Hacía 70 años que los últimos habitantes de la isla se marcharon pero, anteriormente en estas tierras finlandesas habitaba un pueblo de pescadores. Entre ellos se encontraba Isabella, una niña que creció en la isla y que, a diferencia de todas las demás niñas, soñaba con poder ser algún día marinera. Lamentablemente, la época en la que Isabella creció no le permitía convertirse en aquello que ella amaba así que decidió no abandonar ante ninguna circunstancia su querida tierra.

El tiempo pasó y cada vez más gente abandonaba la isla por el aislamiento que vivir en ella suponía. Aún así, Isabella pudo formar su pequeña pero bonita familia. Ella intentó con todas sus fuerzas que su esposo y su hija se quedaran junto a ella, pero todos sus esfuerzos fueron en vano y finalmente se quedó sola. Muchos de los pescadores decían que estaba loca y que ese sueño con el que desde pequeña se había obsesionado la había condenado a enloquecer. Sin embargo, al faro no le parecía para nada una lunática, sino más bien una mujer fuerte que a pesar de los impedimentos de la época, ella consiguió ser marinera (aunque eso supuso quedarse sola en la isla) y poder fantasear con lo que ella quisiera.

El faro estaba equivocado, al año, Ania se marchó tal y como había llegado y aunque le hubiera gustado que Ania fuese su favorita y que permaneciera en la isla por mucho más tiempo, su bisabuela Isabella siempre sería especial para él ya que nadie más había conseguido sentir con tal fuerza lo que sentía ella por aquella isla.